

El Seminario de Estudios de la Mujer dedicó las IV jornadas de investigación interdisciplinaria sobre la mujer a un tema monográfico: investigación y vida cotidiana. Dentro de ellas, una de las sesiones, «El uso del espacio en la vida cotidiana», ha alcanzado un alto nivel de interdisciplinariedad, pues con las aportaciones de geógrafos, sociólogos, economistas, urbanistas, psicólogos sociales, antropólogos, etc., de ambos sexos, abordó el distinto uso del espacio en la vida cotidiana por hombres y mujeres, la desigual frecuentación de los espacios asignados a ambos sexos en la división social del trabajo y las repercusiones de la misma y las alternativas a proponer en la planificación urbana.

El objetivo era, sin duda, ambicioso, sobre todo porque era la primera vez que se abordaba, pero como ya dijo el poeta «sólo se hace camino al andar». Si se ha cumplido o no son los lectores quienes han de juzgarlo, pues este libro es el resultado de esas sesiones de trabajo.

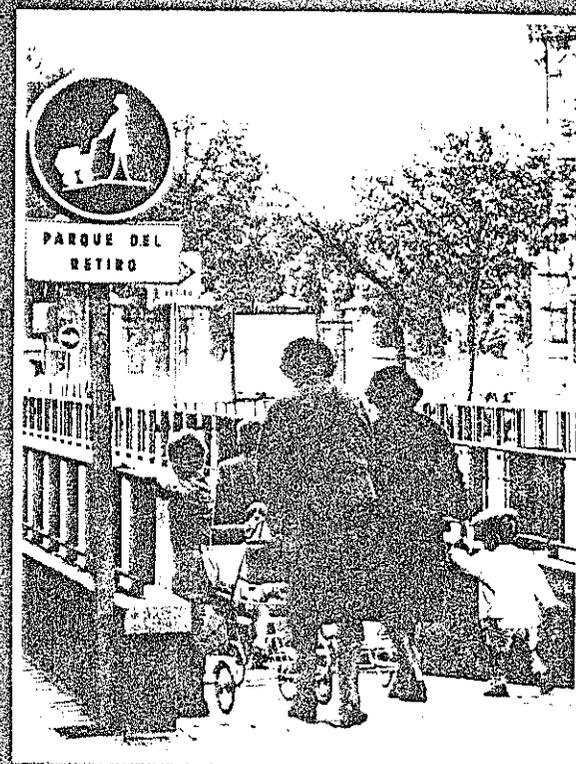
Tras un prólogo de M. Angeles Durán el libro se articula en cuatro grandes apartados. El primero coordinado por Jesús Ibáñez, catedrático de la Universidad Complutense, aborda el tema desde una perspectiva psicológico-social y antropológica llena de sugerencias, pues establece las relaciones existentes entre lenguaje, espacio y segregación sexual. La segunda parte, versa sobre el uso de los espacios urbanos interiores y exteriores, temática muy amplia y sobre la que sólo se ha podido abordar algunos aspectos capaces de abrir nuevas perspectivas de investigación. La tercera parte, coordinada por Jesús Leal, profesor de la Universidad Complutense, plantea un tema a mi entender fundamental: el papel de los equipamientos en la segregación de la mujer en la ciudad y la necesidad de que entre los planificadores se despierte una sensibilidad en relación con esta problemática. Finalmente, en la cuarta parte, coordinada por Ana Sabaté, profesora de la Universidad Complutense, se aborda una temática de gran amplitud: movilidad espacial, incluyendo tanto las migraciones como los desplazamientos cotidianos.

Un libro, pues, pionero de este tipo de estudios en España, en el que han colaborado muchas personas que se están iniciando en este tipo de investigaciones, lo que permite alentar la esperanza de un amplio desarrollo de esta temática en un futuro inmediato.

AURORA GARCIA BALLESTEROS  
(De la presentación a este libro)

U  
A

ACTAS  
DE LAS CUARTAS JORNADAS  
DE INVESTIGACIÓN  
INTERDISCIPLINARIA



El uso del  
espacio en la  
vida cotidiana

Organizadas por el Seminario  
de Estudios de la Mujer  
Universidad Autónoma de Madrid

## PROLOGO

### SOBRE CUERPOS Y ESPACIOS

Empecé el prólogo de este libro cuando las primeras pruebas ya estaban tiradas, y no me ha resultado fácil escribirlo. Hay volcado en él demasiado esfuerzo colectivo (de los autores, del Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid) y demasiado esfuerzo personal como para resolverlo en una fórmula de trámite, y a lo largo de dos semanas he sostenido un debate permanente con las cuartillas, rompiendo una tras otra las sucesivas introducciones. Cerca de cien horas se han escurrido entre el montón de hojas manuscritas, pero ahora la urgencia del tiempo no permite alargar más este proceso en el que ha emergido el recuerdo de la preparación del libro. Tengo que poner punto final al soliloquio por más que me hubiera gustado prolongarlo, y parte de las hojas escritas tendrán que esperar otra oportunidad para ver la luz.

Para que las Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria dedicadas a «El Uso del Espacio en la Vida Cotidiana» llegaran a publicarse han sido necesarias muchas circunstancias favorables, y entre ellas el esfuerzo de los autores, promotores y participantes en las Jornadas juegan un papel principal.

Sin embargo, y por lo que a mí se refiere, en este volumen concurren algunas circunstancias que me comprometen con él de modo diferente a otras publicaciones del Seminario y convierten la tarea de prologarlo en una oportunidad especialmente grata, más parecida a la escritura de un epílogo que a la de una introducción. El lector tiene la opción de pasar de largo si encuentra este relato demasiado alejado del texto, pero es posible —y por eso lo escribo— que se interese por conocer de cerca la pequeña historia de estas condiciones que, sin ser necesarias ni suficientes, configuraron, sin embargo, mi relación —en tanto que directora del Seminario de Estudios de la Mujer— con aquel estupendo acontecimiento colectivo, y aun masivo, que fueron las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria.

A modo de resumen, éstas fueron las cinco condiciones principales:

1. La preexistencia, en mi caso, de una preocupación o interés genérico por los temas del tiempo y del espacio, relativamente difusa, pero bien viva y arraigada.
2. El encuentro con profesionales de ámbitos académicos distintos del propio, que compartían comunes perspectivas y preocupaciones intelectuales acerca de estos temas.

© de la presente edición  
Seminario de Estudios de la Mujer

Edita: Servicio de Publicaciones de la UAM  
Universidad Autónoma de Madrid. 28049 Madrid  
Teléf.: 734 01 00 ext. 1144.

ISBN: 84-7477-073-4  
Depósito legal: M-10605-1986

Compuesto por Linotipias Mínguez S.L.  
Carolina Coronado, 46. 28017 Madrid  
Impreso por Técnicas Gráficas S.L.  
Las Matas, 5. 28039 Madrid  
Printed in Spain.

Ilustración cubierta: Archivo Agencia Efe  
Diseño gráfico de Félix Ortiz

La responsabilidad de las opiniones emitidas en los artículos corresponde exclusivamente a los autores.

3. El encargo —relativamente accidental en sus inicios— de un trabajo de investigación sobre un tema directamente relacionado con el que nos ocupa.

4. El paso por una experiencia personal y privada que me obligó a cambiar drásticamente mis relaciones espacio/temporales, potenciando el interés por la comprensión de estas modificaciones.

5. La última, pero no la menor de las condiciones, fue el mantenimiento de un entorno favorable que permitió —contra todo temor y pronóstico— mi continuidad en el Seminario de Estudios de la Mujer, en Cantoblanco, a pesar de la dispersión del triángulo espacial Madrid/Zaragoza/Boadilla, que dificulta considerablemente la tarea.

#### 1. De los intereses previos.

Del primer punto poco puedo decir, salvo dejar constancia de ello, y probablemente somos muchas las personas que, sin tener conexión profesional alguna con la geografía, el urbanismo o la arquitectura —por poner ejemplos de grupos profesionales evidentemente relacionados con ellos—, sienten el peso de los ejes espacio/temporales en la organización de sus vidas y en la planeación o ensoñación de sus proyectos futuros. El auge de las revistas de arquitectura interior o paisajismo entre profanos, el boom de los viajes y los desplazamientos de vacaciones y la creciente importancia del movimiento ecologista son, sin duda, exponentes de la extensión de este interés entre la población no especializada en su conocimiento y ajena a su dominio.

Esta extensión del interés explica, al menos en parte, la necesidad del abordaje interdisciplinar en el estudio de estos temas. Aunque tradicionalmente haya sido la geografía la disciplina que se ocupaba de ello en mayor medida y con mayor grado de institucionalización, el tiempo y el espacio son objeto de atención de otros muchos saberes de los que sin pretensiones de exclusividad podemos enumerar algunos: la Historia, la Arquitectura, la Astronomía, la Física, el Arte (pintura, escultura, cine, teatro...), la Sociología, la Psicología, la Estrategia, el Derecho, las Ciencias de la Comunicación, el Lenguaje y la Literatura, la Anatomía y Fisiología...

Además, en un país como España, la mayoría de la población vive la experiencia de la movilidad espacial de modo reiterado y diverso, y los movimientos migratorios, el turismo, los desplazamientos urbanos o la diferenciación del territorio estatal entre las diferentes regiones autonómicas forma parte de la experiencia personal de cualquier ciudadano; tal vez en algunos con más fuerza que en otros, y probablemente la temprana experiencia de los desplazamientos familiares en mi infancia (Madrid, Extremadura, Segovia y Cataluña como referentes espaciales simultáneos) me haya alineado definitivamente del lado de quienes cuentan expresamente con el espacio como una variable importante para la comprensión de sus propias vidas.

Sobre este trasfondo de interés genérico hay en mi caso un «alter ego», un catalizador que desde hace algunos años se convierte en el silente compañero

de largos y no siempre bien avenidos diálogos. El lector reconocerá su firma en estos fragmentos que transcribo, y que leí distraídamente en mi juventud, con ira al reencontrarlos tiempo después y con cierta amistosa distancia y gran interés ahora. A falta de una poética bachelardiana del espacio, construida sobre textos literarios, en castellano abundan en cambio los textos para ilustrar, aunque con menor belleza, esta geografía moral y económica de honda raigambre española

#### Fragmento 1. (Sobre ventaneras y visitadoras.)

«En una de ellas, que pinta en los Proverbios (cap. V) el Espíritu Santo, se ve algo desto; de la cual dice así:

“Parlera y vagabunda, y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los pies en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por dondequiera sus lazos...”

Forzado es que, si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa, y aun de lo que no pasa, inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora también y dada del todo a la risa y a la conversación y al palacio con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí agora, por ser cosa manifiesta y notoria.»

#### Fragmento 2. (Sobre el cierre de la comunicación exterior.)

«En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los extraños y de diferentes costumbres. Así, Moisen, o por mejor decir, Dios por Moisen, a su pueblo escogido en mil lugares le avisan desto mismo, con encarecimiento grandísimo..., y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa por la misma razón acontece...

Por ende, acerca de Eurípides, dice bien el que dice:

“Nunca, nunca jamás que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo y casado consentirá que entren cualquier mujeres a conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños.

Pues contra estas mujeres y las semejantes a éstas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa; que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana o buena, sino siempre hacen diversos daños.”

Fragmento 3. (Donde se habla del destino biológico y de la economía del espacio.)

«Y, habla Salomón desta diligencia aquí, y dice lo demás desto también porque, diciéndole a la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los pies la mujer y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las puertas, ni las casas ajenas.

¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dio por compañía al marido, fue para que le guardase la casa y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído a casa, lo tuviese en guarda la mujer y fuese como su llave?

Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, midánsen con lo que son y conténtense con lo que es de su parte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.

Los chinos, en nasciendo, las tuercen a las niñas los pies, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera y porque, para andar en su casa, aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir a la luz, así dellas el encerrarse y encubrirse.»

Fray Luis de León, que no otro es su autor (1), ilustra a la perfección el mudable carácter de las normas morales y la facilidad con que quienes se adelantan ideológicamente a su propia época quedan desfasados para las exigencias ideológicas de generaciones posteriores; Fray Luis y su obra *La perfecta casada* ejemplifican el riesgo de perpetuar como modélicos los códigos de conducta —espacial en este caso— que en otro momento pudieron provocar escándalo y represalia por su modernidad y apertura. Si Fray Luis careciera de predicamento, de gracia y de belleza en su lenguaje o de aureola de progresismo, su obra no tendría relevancia, ni habría sido reeditada el sinnúmero de veces que lo fue, ni habría servido de inspiración a escritores y moralistas cuatro siglos después de su muerte (2). Pero el modelo de mujer casada que Salomón/Fray Luis defienden sigue subyaciendo en la sociedad española de fines del siglo XX, mucho más vivo y exigente en realidad que algunas declaraciones

(1) DE LEÓN, Fray Luis, *La perfecta casada*. Edición de Espasa-Calpe. Madrid, 1968, páginas 72, 79 y 128. Primera edición en 1583.

(2) A título de ejemplo, en una edición a cargo de Lorenzo Conde, en 1953, éste dice en el prólogo a propósito de *La perfecta casada*: «Hoy, a pesar de las tres centurias largas de su publicación, pueden sacarse de ella muy provechosas enseñanzas, sobre todo para hacer volver a la mujer al puesto que le corresponde en el hogar, como ama, como madre y como esposa...» (página 16). Hasta la década de los 70, cuando menos, puede constatar la utilización de *La perfecta casada* como libro de orientación y guía recomendado por sectores religiosos específicos y posiblemente siga usándose todavía con tal fin en 1985.

programáticas de alto rango legal a las que se atribuye la capacidad de ordenar la convivencia cotidiana, y mucho más vivo también de lo que podría parecer en la conciencia de tantos españoles —ellos y ellas— de ideología proclamadamente igualitaria y moderna.

Sobre el trasfondo de interés genérico por el espacio y el tiempo, el discurso lusitano ha sido el aguijón que espolea el debate, convirtiendo en urgente el trabajo de construir —de conocer, de entender, de hacer, de valorar— un nuevo modelo de cotidianidad que pueda contrapesarlo.

## 2. Del encuentro con otros profesionales.

El segundo punto puede concretarse en nombre, lugar y fecha. Fue en 1980 cuando un grupo de profesores que bordeábamos el primer tercio de nuestra vida académica (momento en el que las preocupaciones teóricas y metodológicas suelen ocupar un lugar principal, pero queda todavía por delante la mayor parte del tiempo y del trabajo) fraguamos el libro *Liberación y Utopía* (Akal, Madrid, 1982). En el arranque de ese libro estaba planteada la posibilidad de una percepción diferencial en hombres y mujeres, tanto de base biológica (anatómica, fisiológica) como social (por el entrenamiento corporal y uso diferenciado del espacio). Allí se planteaba también, como problema, la desigual participación histórica de hombres y mujeres en el interés, la transmisión y sistematización de saberes y su enseñanza institucional a través del sistema educativo, así como las posibilidades de un conocimiento crítico, alternativo o integrador.

El libro fue cuajando tras una serie de discusiones y charlas que tuvieron por escenario los cafés y cafeterías del barrio de Argüelles, a la entrada de la Ciudad Universitaria madrileña, y fue con este motivo cuando conocí a Aurora García Ballesteros. Ella aceptó el encargo de escribir un capítulo y dio respuesta, desde la geografía, a las preguntas comunes que otras tratábamos de responder desde otras disciplinas. A través de su aportación constaté algo que intuía, que parecía una exigencia de la crisis actual de paradigmas en todas las áreas del conocimiento: la existencia de una geografía de la percepción, de una geografía radical y la aparición en fechas recientes de estudios desde perspectivas afines en revistas especializadas como *Área*.

El encuentro con Aurora García Ballesteros fue una condición decisiva, y su interés y receptividad a las aportaciones de otras disciplinas al campo en que ella trabaja han sido la base de apoyo para la preparación de las IV Jornadas y para la publicación de las Actas que ahora tenemos entre manos.

## 3. Un trabajo inusual sobre el espacio.

Del tercer punto también cabe señalar nombre, lugar y fecha, pero es de muy distinto signo. La Unesco había iniciado un amplio estudio sobre «La situación de las mujeres en el área mediterránea» para el que me ofrecieron ocuparme

del capítulo referente a España. En la reunión preparatoria en París en enero de 1981 —la geografía pesaba sobre las posibilidades de encuentro y de cooperación—, quedó patente la preferencia de los promotores (Wassyla Tamzali como su representante) y de los responsables del estudio en la mayoría de los países ribereños por los aspectos espaciales de esta situación y por la relación entre el mundo público y el privado. También, y entre otras cosas por la carencia de estadísticas y datos fiables en muchos países, se expuso la preferencia por técnicas cualitativas frente a las más convencionales técnicas de observación extensiva o el uso de materiales cuantitativos, lo que no dejó de crear algún problema ya desde el comienzo del proyecto. El énfasis de la observación iba a ponerse en los puntos de cambio, de ruptura y de resistencia.

Por mi parte, el desarrollo del trabajo fue dificultoso a la par que estimulante, sugestivo como pocos y desalentador como casi ningún otro. Al cabo de un año había recogido algo más de una treintena de largas entrevistas grabadas, de biografías que completaban el mosaico de edades y regiones, de clases sociales y de ideologías que me había propuesto cubrir para representar a microescala todos los grandes grupos de la estructura social española. Eran conversaciones libres alrededor de un esquema de tres páginas que ordenaba las memorias en torno a los espacios de las etapas biográficas (niñez, adolescencia, juventud, madurez, vejez) y a los ciclos temporales (diarios, semanales, estacionales, anuales...) de las entrevistadas.

Las dificultades iniciales, aparentemente las más difíciles de resolver —el logro de un alto nivel de sinceridad y la localización de las personas adecuadas—, se resolvieron sin otro problema que una mayor dedicación a la búsqueda y selección de los informantes y la participación de un equipo de excepcional calidad profesional y humana en la realización de las entrevistas. Hubiera querido recoger aquí el nombre de las participantes en este equipo, pero no lo hago para proteger el anonimato prometido a quienes contaron su vida sin otra garantía ni favor que su confianza en las mujeres que les entrevistaron.

Sin embargo, para un investigador entrenado principalmente en técnicas cuantitativas, el salto a los dominios cualitativos es un revulsivo. Las reflexiones teóricas, las precisiones conceptuales, la búsqueda de consistencia lógica en los discursos o en los textos es tarea imprescindible y habitual, igual que las consultas y contrastes con la bibliografía o textos disponibles; pero ¿qué tratamiento pueden recibir las historias de vida, fronterizas y en tierra de nadie entre las biografías —en las que el interés se centra en la comprensión de un sujeto específico como clave para entender una época o un grupo, o simplemente para disfrutar con la recreación literaria de su vida— y la observación extensiva?

Una a una, cada cual de las treinta memorias se había convertido en un atractivo relato, pero el análisis del conjunto de todas ellas estallaba en problemas metodológicos.

El primero y más obvio era la dificultad para pasar del simple nivel descriptivo a niveles más complejos de elaboración y de síntesis de los datos. Era patente la carencia o la insuficiencia de conceptos bien definidos, de uso general

y comúnmente aceptado; irremediable, por otra parte, al tratarse de temas a los que hasta ahora la ciencia convencional ha dedicado muy escasa atención. Por ello resultaban dificultosos los intentos de conseguir una moderada cuantificación, siquiera fuera bajo la modesta forma de gradación o localización en escalas. El estudio corría el riesgo de convertirse en un repertorio, un surtido de biografías que aun respondiendo a un sentido unitario respecto a sí mismas no fueran otra cosa que fragmentos, piezas, en el conjunto de un mosaico social. Estos fragmentos vitales eran tanto menores cuanto más de cerca se contemplaban, y la necesidad de encontrar un orden a aquel mar de piezas pasaba a primer plano como un imperativo sin el cual no tenía sentido la continuidad de la investigación. En pocas palabras, necesitaba —y no encontraba— una teoría o marco teórico que estructurara el máximo de casillas (sexo, edad, período vital, clase, situación familiar, ideología, hábitat, región, etc.) con el mínimo esfuerzo.

El segundo escollo era el temor a invertir los términos lógicos del proceso, proyectando el modelo previo de la estructura social sobre los casos seleccionados por un procedimiento de asignación de cuotas. La selección de los sujetos estaba condicionada directamente por este modelo previo, en el que descansaba su validez a efectos de representatividad; pero este tipo de preselección plantea habitualmente algunos problemas difíciles de resolver y sólo se justifica porque las consecuencias de no atenerse a este modelo son aún peores, ya que no puede confiarse que el azar corrija el sesgo de la elección por la ley de los grandes números. Debido a que los datos obtenidos por este procedimiento son, en principio, «notas para la ilustración», es casi imposible que alumbren una nueva estructura de relaciones, distinta o contrapuesta a la inicialmente asumida. Pero además, si los nuevos datos son realmente importantes, iluminadores —y es precisamente la confianza en que los análisis cualitativos tienen que jugar en las ciencias sociales un papel mucho más importante del que hasta ahora se les ha otorgado, lo que me llevaba a trabajar con ellos—, antes o después plantean la necesidad de romper con el marco de referencia inicial, trasladando la búsqueda de legitimidad científica para el conocimiento recién obtenido a otros referentes.

El tercer escollo es común a todos los procesos de observación (el logro de perceptividad y veracidad en los informantes), pero aquí se presentó con mucha agudeza. Un punto de partida esencial en el estudio era mi convicción de que el primer espacio acotado y el único que nunca abandonamos es el propio cuerpo, por lo que cualquier conocimiento espacial se hace desde él y a través de él. Tratándose de un estudio sobre la vida cotidiana de las mujeres, me parecía inevitable que el estudio comenzase tratando del conocimiento, uso y valoración que las mujeres hacen de su cuerpo o el que han hecho en épocas anteriores de su vida.

Difícil intento. El uso de los espacios públicos no presenta problemas de transparencia para la investigación, es inmediata e irremediablemente visible. Pero el cuerpo, y sobre todo algunas zonas del cuerpo, representan el espacio más privado de la vida privada de cada persona y múltiples barreras impiden

su conocimiento tanto a los observadores ajenos como a los propios sujetos que viven, residen o son ese mismo cuerpo. De modo sintomático, en todas las zonas hay una biografía iluminada, hecha transparente, y el resto es silencio. Cada sujeto definía la geografía de su pudor refiriéndola al tiempo presente, y reconocían de modo expreso los móviles contornos de ese espacio de conocimiento, de uso y de valor cuando volvían hacia atrás en su memoria o se proyectaban aún más lejos con el recuerdo de memorias ajenas que en otros tiempos fueron coetáneas, como las de la madre, las hermanas u otras mujeres del entorno de familiares, amigas o vecinas.

Traspasar esas frágiles barreras era un atentado, una violencia. Ni siquiera la consciencia de su artificiosidad, resaltada por el ejercicio de la retrospectiva, era salvoconducto suficiente para traspasarlas sin daño y, por tanto, sin negativa y cierre. La información fluía hasta círculos usualmente vedados a los observadores ajenos —y ahí radicaba el mérito de informantes e informadas—, pero se detenía infinitamente lejos del límite (¿Es que existe siquiera un límite?), de la posible frontera de su conocimiento, su uso y su valor.

Aun suponiendo que la transparencia entre entrevistadora y entrevistada hubiera sido perfecta, fuera del foco iluminador de las cintas de la grabadora quedaban los inconscientes, los espacios y los usos negados y desconocidos. Y el acceso a estas formas de relación o des-relación con o a través del cuerpo requerirían tratamiento de un tipo distinto, psicoanalítico o antropológico, con su propia carga de problemas metodológicos y dificultades prácticas de realización.

Un cuarto problema lo representaba el lenguaje, puente y valla en la comunicación. En las mujeres más que en los hombres y en las de menos estudios y más años, más que en las jóvenes y educadas generaciones, el lenguaje es en gran parte gestual, tonal y metafórico. ¿Cómo recoger el gesto en la grabación y el tono o el silencio en el texto transcrito? ¿Cómo defender el sentido real de la conversación fuera de su contexto, de su escenario? Por si fuera poco, una nueva manipulación se imponía inevitablemente al iniciarse la fase final de redacción, de preparación para la comunicación de los resultados del estudio a los lectores.

Ya que las setecientas páginas del material grabado no podían reproducirse íntegras, ni siquiera como anexo, por evidentes razones de economía de espacio y de imprenta, había que prescindir de las voces personalizadas, reales, de cada biografiada para sustituirlas por la mía propia, y sólo algunos fragmentos seleccionados —los más relevantes, de aquí y de allá, entrecorchetados y llenos de corchetes y puntos suspensivos— podían aspirar a la oportunidad de reproducirse en sus palabras originales. Llegado ese punto, la sensación de desaliento fue, para mí, casi insoportable. Unas historias llenas de sentido, que alcanzaban a veces la categoría de apasionantes, se reducían a un montón de citas textuales, de notas, de un discurso tan ajeno a la intención de las relatoras, como si se tratase de un idioma extranjero. ¿Valía la pena tal destrozo, solamente para pasar de un discurso descriptivo a otro con pretensiones de explicación? ¿Había que convertir aquellos materiales vivos no utilizados en restos para el desecho,

inservibles ya para cualquier propósito? Entonces deseé que el estudio pudiera transformarse en una obra de re-creación, en la que el dominio del lenguaje fuera la herramienta principal para reconstruir con buen pulso cada una de aquellas memorias —largas, breves, alegres, tristes, próximas, dispares— de vidas humanas. Sentí carecer de la habilidad suficiente para llevarlo a cabo por mí misma, y de aquella constatación de impotencia, de fragmentación de habilidades y saberes, salió reforzada mi previa convicción de la necesidad de estudios interdisciplinares.

#### 4. *Una experiencia personal.*

Que la frontera entre lo público y lo privado es artificiosa es una vieja máxima del movimiento feminista, y que lo privado haya de explicarse desde lo público sería la formulación del mismo lema bajo más modernos ropajes. La mayoría de los hombres de ciencia —y muchos de los de letras y artes— tratan cuidadosamente de deslindar su trabajo y su biografía y experimentan un fuerte malestar cuando lo privado invade sus ámbitos públicos; este hecho es tan patente que no necesita de mayores indagaciones para constatarlo. Pero ¿qué sucede a las mujeres que concilian —con mayores o menores dificultades— su secular adscripción al mundo privado y su recién conseguida incorporación al trabajo o a las actividades extradomésticas? ¿Asimilan la tradicional separación de ámbitos o los fusionan, llenando su espacio doméstico con los ajenos contenidos que transmiten la radio o la T.V. y llevando cantigas de hogar a los espacios de fábricas, comercios y oficinas?

Esta tensión permanente entre lo público y lo privado alcanzó en mi caso su máxima intensidad en 1982/83, con ocasión de una circunstancia tan personal y privada como la gestación de un hijo —el cuarto— en condiciones precarias de salud. Una experiencia compartida cada año por medio millón de mujeres españolas no puede considerarse anecdótica —salvo en sus detalles—, aunque carezcamos de estudios sistemáticos sobre cualquiera de sus dimensiones. Hasta ahora no ha interesado apenas la maternidad desde la perspectiva de las propias mujeres y el tratamiento jurídico o ginecológico, por el momento, son perspectivas claramente «ajenas». El viejo fundador de la Sociología, Saint-Simon, recomendaba el paso por múltiples experiencias sociales a quienes quisieran aprender sobre su propia sociedad. Trataré de seguir aquí su consejo. ¿Por qué rechazar la oportunidad de convertirme en experimentadora y observadora de mí misma, reflexionando sobre una situación a la que no tuvieron acceso los creadores de la sociología contemporánea ni la inmensa mayoría de quienes en la actualidad escriben y enseñan esa disciplina? En honor a Saint-Simon saco estos recuerdos de su confinamiento en mi memoria y transgredo la prohibición convencional de dar a la imprenta, entre tantas páginas de investigación académica, un breve interregno de experiencias personales que condicionaron los preparativos de las mismas Jornadas que ahora rememoro.

Durante esos meses de 1982 y 1983 conocí en carne propia, con toda agudeza, la flexibilidad en los límites del espacio dominable cotidiano, y mis coordinadas espacio-temporales se modificaron drásticamente. Podría trazar sin dificultad la gráfica del radio de mis pasos y sus recurrencias a lo largo de ese período. La mañana, la tarde y la noche eran tiempos acotados por la náusea o el cansancio, por criterios ajenos a mi cotidianeidad anterior. Aprendí el valor de un minuto retenido entre dos urgencias ineludibles —llegar o no llegar hasta el espacio reservado de un cuarto de baño— y el confín psicológico de la inseguridad ante la amenaza —no amago, sino real en repetidas ocasiones— de una pérdida de conocimiento: una escalera, el cruce de una calle, el estribo de un tren, el paisaje móvil desde el avión, un giro brusco de cabeza o el alzamiento de los brazos para peinarse eran riesgos a tener en cuenta, a temer y a prevenir. Un ruido, un olor, el calor de un fuego podían alterar de golpe mi frágil sistema defensivo, precipitándome fuera de la consciencia. Recorrí en peregrinaje múltiples espacios sanitarios, consultas de especialistas en saberes del cuerpo o de algunas de sus regiones. Los espacios dominables de cada día fueron el resultado de mis propias fuerzas: cero metros, cinco, veinte, setecientos kilómetros semanales entre la ida y la vuelta, un viaje en solitario hasta cerca de Frankfurt —no, fue aquello demasiado para el temor que me pisaba los talones, no volvería a hacerlo en esa situación—, la casi normalidad, la recaída y vuelta al punto cero de mi dormitorio, la mejoría hacia el final del embarazo, contrapesada por el desmesurado volumen de mi vientre y los calambres y dificultades para conciliar el sueño que alargaban el tiempo nocturno hasta muy entrada la mañana... Por fin, los espacios y los tiempos casi sacros de la maternidad: el arco de dolor insufrible de las contracciones, el viaje apresurado y contento hasta la clínica, la compañía y la soledad, la bajada al paritorio («No respire, coniente, empuja, ... empuja, empuja, retén el aire en el estómago, voy a hacerte un corte», son palabras comunes en la herencia de las mujeres de mi tiempo—) y la maravilla, superior a cualquier otra, de la primera visión del hijo vivo y recién separado de mi cuerpo.

Pocas horas después la vuelta al quirófano para poner punto final, voluntariamente, a la etapa productiva de mi vida, porque no quería asumir nuevas maternidades ni dejar el riesgo al azar. Otros problemas de salud, con el temor de desconocer su exacto alcance, se presentaron a la semana siguiente en forma de un pequeño tumor; y cuatro meses más tarde emprendía de nuevo el viaje hacia el espacio encristalado de un hospital ultramoderno, donde música y moqueta reciben a quienes traspasan su umbral: las cartas del análisis cantaron vida y sólo un collar de cicatrices quedó en testimonio del trance.

El hijo trastocó los espacios y los horarios domésticos previos, renovando la experiencia de sus propias maternidades en la abuela y anticipándola en muchos años en la hermana; forzó la contratación de mano de obra asalariada y puso un límite temporal a mis movimientos no estrictamente necesarios.

Un año después, como consecuencia retardada de esta maternidad, volvieron a emerger los problemas de salud, y en enero de 1985 me sometí a una nueva

intervención quirúrgica —la última, quisiera— que se saldó aparentemente con una costura rectilínea de cuarenta y dos puntos y dos meses de enclaustramiento.

¿Cómo no reconocer que mi trabajo —el ámbito público— se resintió de ello? ¿Cómo no reconocer que el intento de integración entre la excepcionalidad y los supuestos en que estaba asentada mi vida cotidiana fue una durísima pugna, un combate largo y dificultoso plagado de derrotas, en el que el aspecto espacial jugó un papel decisivo? ¿Y por qué no hacer de la necesidad virtud, convirtiendo en trabajo de campo lo que fuera obligada secuencia?

La negación de un conflicto puede ser estrategia política o personal excelente, pero no sirve como premisa para el conocimiento. Y puesto que la superposición entre lo público y lo privado adquiriría dimensiones de conflicto, ¿por qué no asumirlo conscientemente y buscar la ayuda de otros profesionales y de otros saberes para mejor comprenderlo y hallarle soluciones?

##### 5. Del entorno.

Es fórmula común de agradecimiento la que comienza diciendo así: «Ésta obra no habría podido terminarse sin la ayuda de...». En este caso el libro nace, en primer lugar, gracias a un delicado, complejo e importante cúmulo de aportaciones personales, tanto en la preparación de las IV Jornadas como en su celebración y en la edición de las actas; al apoyo económico del Instituto de la Mujer y el respaldo institucional de la Universidad Autónoma y la Complutense. Sin embargo, posiblemente estas Jornadas habrían variado muy poco una vez iniciado el proceso, aunque yo hubiera desaparecido de la escena. Que pudiera vincularme a su desarrollo y que ahora haya tenido la oportunidad de releer las Actas y de hacer su prólogo se debe a la generosidad de amigos y compañeros de la Universidad de Zaragoza, de la Autónoma de Madrid, del Instituto Balmes de Sociología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de mi propio entorno familiar y doméstico. Ellos me han permitido asomarme al espectáculo de un debate sobre el tiempo y el espacio en la vida cotidiana desde posiciones tan dispares como la geografía, la lingüística, la sociología o la arquitectura.

Creo que este libro marcará el punto de partida para la investigación —aquí, en España— sobre temas hasta ahora ignorados, y la escasez de estudios referida por García Ballesteros en su presentación del estado de la cuestión, o la dependencia de moldes anglosajones y franceses difícilmente aplicables a nuestras estructuras físicas y sociales que hace lamentarse a Sabaté, pueden cambiar a corto plazo. Muchos de los autores son jóvenes y sus trabajos forman parte de tesis en curso. Otros, los que peinan canas, están a su vez promoviendo estudios afines en su propio entorno.

En muchas de las ponencias hubo unos prolegómenos parecidos que reflejan la necesidad de afianzar, situar y delimitar el punto de partida del discurso en un contexto de variedad disciplinar y ante un tema escasamente trabajado hasta ahora. Tal vez no sean necesarios en estudios posteriores, pero fueron un obli-

gado tributo iniciático en aquella sesión inaugural. Me hubiera gustado que, junto a las ponencias ahora publicadas, figurase algún otro estudio específico sobre la construcción social del espacio y algún otro sobre el léxico espacial y sus variaciones de género, regionales y de clase, referidos ambos a la sociedad española. También hubiera querido reunir estudios sobre algunos espacios funcionalmente acotados: espacios de producción doméstica y extradoméstica (en las sesiones sobre «Economía de la Vida Cotidiana», Angel Sanz presentó una ponencia sobre la producción y uso del agua en los pueblos aragoneses, y Angel Pestaña y Sacramento Martí presentaron otra sobre «Los tiempos de trabajo en la producción doméstica»), espacios de intercambio (Josefina Gómez Mendoza había asumido una ponencia sobre espacios comerciales, que luego no pudo presentar por sus obligaciones al frente del Rectorado de la U.A.M.), espacios religiosos, de representación del poder, de exclusión, sanitarios y de pervivencia de la memoria colectiva. Pero una cosa son las aspiraciones y otra los materiales y recursos disponibles, por lo que habrá que seguir esperando algún tiempo para completar este panorama apenas bosquejado.

No descarto que asuma, de una u otra manera, algunos de estos trabajos que me interesan y que tal vez hubiera afrontado de no mediar los impedimentos a que antes hacía referencia.

En cualquier caso, aquellas IV Jornadas de 1984 y este libro de Actas de 1985 ya se están prolongando a través de estudios posteriores. En las V Jornadas (1985) reapareció el tema del uso cotidiano del espacio en algunas ponencias —aunque no como protagonista— de «Historia Antigua», «Al-Andalus», «Reinos Cristianos Medievales» e «Iberoamérica». Y fuera del ámbito de la Universidad Autónoma es seguro que cada uno de los ponentes y participantes de aquellas sesiones sobre «El uso del espacio» habrá expandido la onda de sus propios trabajos y aportaciones. En un entorno más restringido, el Seminario sirve actualmente de sede a varias investigaciones que contribuirán a ampliar el estrecho margen de estudios empíricos españoles sobre la vida cotidiana de las mujeres y sus aspectos espaciales: el ya casi finalizado de Pilar Folguera sobre «La vida cotidiana de las mujeres durante la Primera República»; el de Ana Buñuel sobre deporte, que comienza con una revisión de la ideología y uso del cuerpo femenino; el de Cristina Fernández sobre tiempos y movimientos de las amas de casa madrileñas, y el mío propio sobre igualdad y desigualdad doméstica, en el que se ilustran tangencialmente algunos aspectos de la movilidad espacial de las mujeres.

El entorno puede ser asfixiante o estimulador. Por mi parte, cada día doy gracias y hago votos para que siga sonriéndome la fortuna y me regale la continuación de unos amigos, colegas y afines como los que consiguieron que se hiciera y publicara este libro por encima de las mil dificultades que habrían hecho naufragar otro empeño menos compartido.

María Angeles DURAN

Directora del Seminario de Estudios de la Mujer  
de la Universidad Autónoma de Madrid.  
Cantoblanco, octubre de 1985.

## PRESENTACION

El Seminario de Estudios de la Mujer ha dedicado este año las IV Jornadas de investigación interdisciplinaria sobre la mujer a un tema monográfico: *investigación y vida cotidiana*. Dentro de ellas, una de las sesiones, «El uso del espacio en la vida cotidiana», ha alcanzado un alto nivel de interdiscipliniedad, pues con las aportaciones de geógrafos, sociólogos, economistas, urbanistas, psicólogos sociales, antropólogos, etc., de ambos sexos, abordó el distinto uso del espacio en la vida cotidiana por hombres y mujeres, la desigual frecuentación de los espacios interiores y exteriores causada por los distintos papeles asignados a ambos sexos en la división social del trabajo y las repercusiones de la misma y las alternativas a proponer en la planificación urbana.

El objetivo era, sin duda, ambicioso, sobre todo porque era la primera vez que se abordaba, pero como ya dijo el poeta «sólo se hace camino al andar». Era preciso iniciar el estudio de un tema fundamental en la sociedad actual y el primer paso era reunir a todas las personas preocupadas por el mismo, iniciar un primer contacto, intercambiar puntos de vista, exponer algunas vías de investigación y sobre todo intentar constituir grupos de trabajo que profundizasen en los temas que aquí se insinúan. Si el objetivo se ha cumplido o no son los lectores quienes han de juzgarlo, pues este libro es el resultado de esas sesiones de trabajo. Los temas apuntados creo que son sugestivos y capaces de aglutinar a investigadores de muy diversas procedencias. En primer lugar, desde el campo de la geografía, disciplina para la que los problemas espaciales son básicos, se ha intentado una aproximación conceptual y metodológica al tema, discutiéndose la propia ambigüedad del concepto de espacio y las implicaciones no sólo metodológicas, sino incluso ideológicas, que tiene optar por una u otra concepción del mismo. Línea conceptual y metodológica en la que me parece fundamental profundizar.

Tras esta introducción el libro se articula en cuatro grandes apartados, cada uno con su correspondiente introducción, en la que de nuevo hay un aparato conceptual y metodológico limitado a la temática a desarrollar.

El primero, coordinado por Jesús Ibáñez, catedrático de la Universidad Complutense, aborda el tema desde una perspectiva psicológico-social y antropológica